



SÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Amen a sus enemigos, hagan bien a los que los odien, bendigan a los que los maldigan, rueguen por los que los difamen”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: 1 Samuel 26,2.7-9.12-13.22-23; 1Corintios 15,45-49; Lucas 6,27-38

El evangelio según san Lucas nos sorprende este domingo con una de las palabras más exigentes y desafiantes de Jesús: “amen a sus enemigos”, repetida con énfasis dos veces, como para dar a entender que no fue pronunciada a la ligera, sino con una conciencia clara de su gravedad e importancia. La plantea en el “sermón del llano” como un comportamiento distintivo de quienes le sigan. La encontramos también en el evangelio de Mateo, en medio del “sermón del monte”. Sin duda ambos –Mateo y Lucas– la han recogido de la llamada “Fuente de los dichos” o “Fuente Q”. Cada uno la desarrolla a su manera, Lucas la amplía con algunas concreciones –poner la otra mejilla al que te golpeó, entregar la túnica al que te quitó el manto– para subrayar el carácter gratuito y concreto de la propuesta tan radical de amar a los enemigos.

No resulta fácil entender la lógica del amor a los enemigos. Estos son los que te quieren mal, los que buscan tu mal, tu destrucción o tu fracaso. ¿Será posible dar cumplimiento al mandato de Jesús, “amarlos”? ¿Qué puede significar, en ese contexto de enemistad, “amar”? ¿Tener afecto, sentir y manifestar cariño, como el que expresamos a las personas que nos quieren?

La primera lectura nos propone un acercamiento: El rey Saúl se había convertido en enemigo y perseguidor a muerte de David. Este tiene la oportunidad de vengarse y eliminar a Saúl, mientras dormían él y sus custodios. Más bien lo respeta, no lo toca y le hace saber su perdón y su gesto de bondad para con él, al que considera como “Ungido de Yahvé”. Saúl reconoce que ha estado equivocado: “ya no te haré ningún mal, ya que mi vida ha sido hoy preciosa a tus ojos” (1Sam.26,21), El perdón otorgado gratuitamente por David -¿amor?- genera reconciliación y ¿amor? -ya no te haré más daño- en Saúl, el que había sido enemigo. El amor a su enemigo engrandece a David y humaniza a Saúl. Para David, el reconocimiento de Saúl como “Ungido de Yahvé”

* Ciclo C

fue motivo suficiente para respetar y proteger la vida de su enemigo. Nuestros enemigos no dejan por ello de ser hijos e hijas de Dios. Por tanto, la reacción ante ellos no puede ser la venganza, devolverles el mal, sino el perdón gratuito, hasta desearles y hacerles el bien.

Jesús, en el desarrollo de sus palabras, propone no comportamientos ingenuos o expresiones naturales de cariño, sino gestos sencillos -la otra mejilla, la túnica-, tan llenos de gratuidad y libertad, que terminarían desarmando los motivos de enemistad del enemigo. Son ejemplos, insinuaciones, a concretar con creatividad en las situaciones conflictivas que se nos presenten. No se trata de fáciles reacciones instintivas, más bien de procesos y de reflexiones que van madurando y orientando nuevas actitudes. Mateo añade a lo del amor a los enemigos: “rueguen por los que los persiguen”. Lucas precisa más: “hagan bien a los que los odian, bendigan a los que les maldigan, rueguen por los que los difaman”. El “amor a los enemigos” no se dirige en primer lugar al ámbito de los sentimientos y afectos, es más práctico: hacer el bien, desear el bien, rezar a Dios por los que nos hicieron mal. Pueden ser pasos que nos permitan llegar a “amar”.

Es importante la motivación de ese nuevo comportamiento que Jesús encarga a quienes le siguen: “serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los perversos. Sean compasivos, como su Padre es compasivo”. La motivación es estrictamente teo-lógica. No se trata simplemente de una propuesta ética más radical y refinada, aunque también termina siéndolo. Apunta a una consideración más profunda: “Ser hijos del Altísimo... como su Padre es compasivo” y descaradamente bueno y gratuito –“con los desagradecidos y perversos”-. La compasión, la bondad y la gratuidad son los rasgos característicos del Dios de Jesús. Y por tanto han de ser los de sus “hijos”. Esas palabras resumen bien todo el mensaje del “sermón del llano” (Lucas) o “del monte” (Mateo),

El amor a los enemigos da cuenta de lo que Jesús mismo vivió y más escandalizó a sus contemporáneos: su acogida y amistad con los considerados pecadores, enemigos de Dios. En sus parábolas trata de mostrar cómo Dios los busca y acoge, cómo se alegra por su conversión. Llegado a su pasión, desde la cruz, pone en práctica lo que había predicado y recomendado. Otorga su perdón y lo pide al Padre para quienes como a enemigo, lo han maltratado y crucificado: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”. No sólo ruega por ellos sino, en gesto que sólo puede explicarse por el amor, los excusa de su responsabilidad.

No ha sido ése el camino seguido en la historia de la humanidad, ni siquiera entre los cristianos. Se ha preferido para resolver conflictos y enfrentamientos el de la venganza y la violencia, las guerras y el odio. El amor y el perdón a los enemigos se han considerado a veces como una debilidad. La paz muchas veces no pasa de ser una negociación para lograr una especie de equilibrio de temores y amenazas entre los poderosos. Las enemistades históricas entre pueblos, también entre familias y al interior de la misma familia, expresan tristemente el fracaso o la dificultad de la propuesta de Jesús. Y a la vez constituyen un clamor por una humanidad más fraterna, justa y feliz

para todas las personas y todos los pueblos. El mensaje de Jesús en este sentido no es obsoleto, sino de urgente necesidad. En nuestra sociedad basta abrir los ojos para descubrir la crueldad de las guerras, la imposición de las potencias mundiales que buscan saciar su afán de dominio imponiendo y hasta financiando guerras, en las que incluso se enriquecen con el gran negocio de los armamentos. Corresponde a los cristianos de hoy retomar el mensaje de Jesús, desde sus relaciones más estrechas y horizontales hasta en su presencia activa en la sociedad, denunciando el uso de la fuerza bélica en las tensiones y problemáticas sociales. De la misma manera es preciso reaccionar ante las injustas e inhumanas deportaciones de migrantes. No hay manera de justificarlas con argumentos sociales y, menos aún, religiosos y bíblicos. En esa tarea es bueno reconocer que tampoco estamos solos. Muchas mujeres y muchos hombres coinciden en esa búsqueda, corriendo los mismos riesgos y asumiendo los mismos desafíos.

La segunda lectura continúa con el testimonio de Pablo sobre la resurrección de Jesús y la condición de los creyentes. Somos descendientes del primer Adán, pero también por el bautismo participamos ya del “último Adán, espíritu que da vida”, cuya imagen ya llevamos. Retomando las palabras de Jesús en el evangelio leído, podríamos decir que seremos capaces de cumplirlas gracias a nuestra condición de incorporados ya, de alguna manera, a la vida del Resucitado. Amar con gratuidad, como es el amor de Dios manifestado en Jesucristo, incluso a los enemigos, constituye el mejor testimonio de nuestra fe. Nuestra humanidad ha sido ganada por la lógica del poder para imponer y dominar, o más descarnadamente por el interés, la competencia y el individualismo. La gratuidad a la que Jesús invita no es signo de ingenuidad, sino por el contrario, de un gran y profundo realismo. Una ética basada en el propio interés lleva –lo experimentamos cada día- al enfrentamiento y a la destrucción del otro. Una ética del amor gratuito, incluso a los enemigos, promete conducirnos a mejores relaciones entre las personas y entre los pueblos, a una fraternidad y a una paz que nos hará perdurar como humanidad en esta tierra. Es necesario convencernos de que la paz es posible y es tarea de todos. Es urgente comenzar cada día desde nuestras pequeñas acciones y responsabilidades.